

Melchor Rodríguez,
el "Ángel Rojo"



Reconocimiento
a una figura olvidada

© Alfonso Domingo y José Luis Gutiérrez Molina,
de sus textos, 2008.

Fotos: Alfonso Sánchez Portela (Alfonso)

Depósito Legal: M-2015-2009

Promueve: Recuperando la Memoria de la Historia Social
de Andalucía (CGT.A)

Imprime: Organismo Autónomo Trabajo Penitenciario
y Formación para el Empleo

Maquetación e impresión:
Taller de Artes Gráficas
del Centro Penitenciario Madrid III (Valdemoro)

El Delegado Melchor Rodríguez

Alfonso Domingo

Escritor y director de documentales

El comienzo de esta historia podría parecer el argumento de una película -tal vez un día no muy lejano se haga-, con un nuevo enfoque en el género de la guerra civil española. El protagonista es un obrero que ha visitado la cárcel en numerosas ocasiones con dos regimientos políticos distintos, revestido ahora en su nuevo cargo de Delegado de Prisiones de la Segunda República. El coro griego de la tragedia lo representan una turba de civiles -sobre todo mujeres- y milicianos que exigen venganza por un bombardeo faccioso en Alcalá de Henares. Las víctimas, 1532 presos. La fecha, 6 de diciembre de 1936.

En ese momento se vergue la talla humana de ese exnovillero, oficial chapista, afiliado a la CNT y a la FAI, Melchor Rodríguez García. Durante horas, solo y armado con su palabra, pelea con la muchedumbre hasta lograr que ésta desista de su propósito. Gracias a su actuación consigue salvar a los 1532 presos allí encerrados entre los cuales se encuentran importantes personalidades del futuro régimen franquista como Muñoz Grandes, Raimundo Fernández Cuesta, Martín Artajo y Peña Boeuf.

Esta gesta, que ha sido reflejada sólo parcialmente en algunos libros sobre nuestra contienda civil, contiene un alto valor simbólico y representa una confirmación de lo que ocurrió en uno de los bandos, el republicano, que tras los excesos de los primeros meses, controló los fusilamientos y las sacas de presos en la retaguardia, cosa que no ocurrió nunca en el bando franquista.

No sólo el hecho de Alcalá, sino toda la vida de Melchor, parece sacada de la ficción. Era una sensación



Melchor Rodríguez en el momento en el que resalta el hecho de las prisiones madrileñas.
Foto: Alfonso Sánchez Perera y Alfonso

que me asaltaba mientras, a lo largo de cuatro años, investigué su figura para elaborar el libro "Anarquista con Ángel" donde se refleja y se enmarca toda su peripécia vital. Dentro de esa trayectoria, su momento de mayor gloria y más riesgo lo representa el desempeño del cargo de Delegado especial de prisiones, nombrado por el Ministro de Justicia y también anarquista, Juan García Oliver.

Resulta, cuando menos curioso, el desconocimiento que tiene el pueblo español de esta figura, si no capital, pero sí importante en la guerra civil española, sobre todo en Madrid. Melchor Rodríguez pertenecía a la corriente del anarquismo humanista y tuvo en la guerra civil la prueba más dura a la que se pueda enfrentar un libertario: defender la vida de sus enemigos acérrimos, de aquellos que seguramente no dudarian -y de hecho no dudaron- en liquidar sin remordimientos a sus oponentes obreros. La faceta humanista es consustancial al anarquismo, pero varios grupos ácratas de Madrid, entre ellos "Los Libertos", el grupo al que perteneció Melchor desde sus inicios en la FAI, ponían especial énfasis en ello.

Es cierto que no sólo fue Melchor Rodríguez el que salvó la vida a miles de personas en el Madrid asediado por las tropas franquistas. Y que su labor de responsabilidad de las prisiones republicanas madrileñas entre noviembre de 1936 y marzo de 1937 fue apreciada por muchos dentro del anarquismo y fuera de él -Colegio de Abogados, Tribunal Supremo, Cuerpo Diplomático, funcionarios de prisiones-, pero sin su decidido carácter, sin su voluntad, su desprecio del peligro y sin unas firmes ideas en las que asentarse, Melchor no hubiera podido salvar a más de 11.200 personas -número de presos en las cárceles de Madrid-, además de haber refugiado en su casa a casi medio centenar y pasar a otras a Francia.

Para hacer muchas de estas cosas, y sobre todo para parar las sacas y los fusilamientos de Paracuellos, Melchor se apoyó en el grupo "Los Libertos" de la FAI. Uno de sus miembros, su gran amigo Celedonio Pérez, se desempeñó bajo el mandato de Melchor como Director de la Prisión de San Antón. Otros colaboraron con él en

la incautación del palacio Marqués de Viana, en la calle Duque de Rivas, donde buscaron refugio gente de lo más variopinto de Madrid: curas, oficiales del ejército, falangistas, propietarios de almonedas y pequeños industriales, dueños de los talleres y garajes donde había trabajado Melchor, funcionarios del cuerpo de prisiones, sus familias e incluso la amante de un exministro radical con su familia.

Para comprender en toda su dimensión la actuación del Delegado Melchor Rodríguez, hay que repasar cuál era su biografía hasta ese momento. Melchor había nacido en Triana (Sevilla), en 1893, en una familia humilde. Su padre trabajaba de maquinista en el puerto y su madre en la fábrica de tabacos. Con dos hermanos más pequeños, a los 10 años, desde que murió su padre en un accidente laboral en el puerto de Sevilla, tuvo que emplearse en los talleres de calderería y ebanistería sevillanos y olvidarse de sus pretensiones de estudiar. De aprendiz pasó a chapista, ocupación que simultaneó con su deseo de triunfar en el mundo de los toros.



Melchor Rodríguez, junto a amigos y colaboradores de la organización.
Foto: Alberto Alvarado Pineda (Albany)

Siendo novillero toreó en varias plazas con algún éxito, como en Sanlúcar de Barrameda en 1913. Dejó la profesión tras una cogida en la plaza de Tetuán, Madrid, en agosto de 1918 y después de otros intentos en Salamanca, El Viso y Sevilla en 1920. Su retirada coincidió con su ingreso en la CNT, donde, además del médico Pedro Vallma, recibió las primeras lecciones sindicales de hombres tan carismáticos como Paulino Díez y Manuel Pérez, dos puntales libertarios siempre perseguidos. Paulino y Manuel fueron decisivos para que Melchor abandonara los toros. En 1920, a raíz de una huelga del sindicato de la madera y carroceros, del que era secretario, Melchor fue detenido varios días. Al salir, se trasladó a Madrid huyendo de la policía sevillana, que lo tenía fichado. En Madrid, y durante la dictadura de Primo de Rivera, militó en la CNT coincidiendo con algunos de los libertarios más activos de la regional del centro: Cipriano Mera, Mauro Bajatierra,

Antonio Moreno, Celedonio Pérez, Feliciano Benito, los hermanos González Inestal, Teodoro Mora, David Antona...

En Madrid, donde se había casado con Francisca Muñoz, una antigua bailarina amiga de Pastora Impero, Melchor trabajaba en los mejores garajes y era cotizado por su buen hacer profesional de oficial chapista. Y al igual que en Sevilla, participó desde el primer momento en la organización sindical cenetista.

Durante la dictadura de Primo de Rivera, mientras sus organizaciones estaban clausuradas, los libertarios se afiliaron a las Casas del Pueblo de la permitida UGT para poder seguir la lucha. Luego lo hicieron en el Ateneo de Divulgación Social, que llegó a presidir Melchor. Son años de militancia difícil, a menudo clandestina, donde esos hombres entran y saldrán a menudo de las cárceles —Melchor llegó a las treinta en ese periodo—. Años en los que se fajan en los combates sindicales, en los conflictos y las huelgas, en las asambleas y comités, en sus lecturas y discusiones.

Desde que había empezado a visitar con asiduidad la cárcel Modelo de Madrid, Melchor se daba cuenta del desamparo de los presos y de sus familias, sabe de sus problemas y soledades, de sus desesperos, sin poder trabajar y obligando a los familiares a buscar recursos para el penado. En el sindicato, Melchor habla, recolecta, dirige campañas. La organización no debe dejar desamparados a los suyos, jamás los luchadores deben dudar del apoyo de los demás, más afortunados con la libertad. La redención es la palabra clave. Tal y como recibió el testigo, en una cárcel, los presos políticos y sociales son su misión. A ella se dedica, nombrado por la CNT responsable nacional del comité propresos. Lo suyo es la palabra, el verbo crudo de explotado, el grito de los parias de la tierra, pero eso sí, florido.

Melchor estudia. Lee los libros de los grandes autores ácratas, volúmenes usados que van de mano en mano en aquellos medios, como las revistas y periódicos. La palabra se comunica, se discute, se intercambia. La

palabra se escribe, y las palabras se piensan. Junto con los presos, "las ideas" serán parte fundamental en su vida, empeño en el que se formará leyendo por las noches, robando horas al sueño y los fines de semana. Informado de los movimientos y las corrientes, Melchor se alinea con los que creen fundamentalmente en la bondad del ser humano, las personas podrán elegir lo correcto una vez que tengan la educación suficiente. La cultura es necesaria para darse cuenta de los problemas del mundo y cómo solucionarlos.

En ese contexto, dentro de la EAI, encuentro entre anarquistas españoles y lusitanos, Melchor se dedica a "las ideas". Estudia la revolución rusa, sobre todo al anarquista Makinó, sobre cuya figura publica artículos. Los temidos bolcheviques, los comunistas, habían acabado con los anarquistas en Rusia -ya llamada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas- de la manera más cruel: sencillamente fusilándolos.

Entre los artículos y los comités de huelga, Melchor se muestra muy activo. Cuando no es detenido por delitos de imprenta, lo es por la ley de Orden Público o como miembro del comité pro-presos español "filial de París". Si su fama de preso decano se conoce en todo el sindicalismo, comienza también a conocerse su faceta de articulista polémico, de versificador nato. Fama acrecentada por los poemas, por los discursos y los mítines. Articulista incansable, publica con frecuencia en *CNT*, *La Torre*, *Solidaridad Obrera*, *Campo Libre*, *Castilla Libre*, *Frente Libertario* y *Crisol*. El resultado es casi siempre el mismo, hasta 1930: semanas o meses en la cárcel.

Como un dragón dormido en el letargo de la dictadura de Primo de Rivera, la CNT resurge con brío en los nuevos aires republicanos. Y sin embargo, muy pronto ésta enseñará a los anarquistas sus aristas más ásperas y sangrientas. Con la República y sus sucesivos gobiernos se agudiza el enfrentamiento entre los libertarios y republicanos. Son los momentos más radicales y combativos de Melchor. Escribiendo contra Maura "El de los 108 muertos", presentando en Madrid a "La Libertaria", superviviente de la tragedia de Casas Viejas, petorando

contra el gobierno, desde el cura Niceto a Casares Quiroga, o inventando slogans en el conflicto de Telefónica "¡Arza, Galarza!" contra el director de seguridad. Entre mítines, campañas y huelgas, se escalonan las cárceles: "el decano" le llaman en la modela.

Y luego, además, polemiza con los compañeros. Por sus actuaciones para liberar presos, o en la FAI, donde Melchor milita en la corriente anti-atacos y es partidario de la alianza revolucionaria con la UGT frente a los que respaldan las posturas contrarias; hay que lograr la revolución sólo mediante la gimnasia revolucionaria, y para eso se necesitan armas y dinero. En esas discusiones con otros militantes, Melchor tiene fama de hombre radical, que admite muy mal las críticas, tozudez ésta del que se cree en la razón, y eso provoca continuos roces. A su favor, su tremenda honradez y consecuencia.

En estas broncas internas y en plena huelga de la construcción sostenida por la CNT en Madrid, llega el 18 de julio de 1936, el golpe militar que dará paso a una cruenta guerra civil. Como muchos en aquella hora, Melchor, vestido con mono de miliciano, se deja seducir por aquella sensación heroica de quien va a cambiar el mundo, toma la palabra en las asambleas, se moviliza en labores de propaganda y organización. Va de un lado a otro, incapaz de sustraerse a aquel frenesí. Lleva la pistola al cinto, una pistola que le han dado en el sindicato y que lleva siempre descargada.

Pero a diferencia de muchos en aquella hora, Melchor no odia. Es quizá de los pocos que, a pesar de haber sufrido cárcel y sinsabores, no odia. Siempre ha tenido alegría de vivir, y eso se nota, se contagia. Y tampoco siente miedo, antesala del odio. Nunca lo tuvo, ni ante el toro, así que no lo va a empezar a incubar ahora, cuando hay tanto por hacer y una nueva sociedad espera. Tampoco Melchor y su anarquismo humanista son algo raros. Pertenecen a un mundo -que arranca al menos del siglo XIX- de hombres y mujeres que durante décadas han estado creando el germen de aquella sociedad que hace precipitar el fracaso del golpe de julio de 1936. El proceso revolucionario que comienza en ese verano de

1936 y que transformará la faz de ciudades, fábricas y campos, es algo más que destrucción y sangre. Muchos libertarios creen que van a construir el mundo nuevo que llevan en sus corazones y del que se desterrará el odio y la venganza. Ese mundo ideal, formado por obreros y burgueses, libertarios y republicanos, socialistas e incluso gente de derechas, moderada, progresista, ha sido también contra el que se han sublevado los golpistas.

Cuatro días después del levantamiento, Melchor, viendo el desborde, lo que está sucediendo, las furias sin control, se dedica a salvar a personas perseguidas: él, con Celedonio Pérez, con Salvador Canorea y algunos miembros más de Los Libertos.

Los Libertos, el grupo de Melchor, siempre se ha dedicado a las ideas, receloso de la pérdida de principios con la masiva afiliación de los últimos años, efecto de la radicalización de los conflictos sociales. Melchor lleva tiempo advirtiendo de los peligros que acechan a la organización al admitir a gentes recién llegadas que buscan bajo el amparo de las siglas anarquistas satisfacer sus deseos o ansias de venganza. Entre ellos, delincuentes comunes que se integran en la revolución para poder realizar impunemente sus crímenes. Melchor ha combatido en los últimos tiempos, con el prestigio de su autoridad y su palabra, por la pureza de estas ideas, a riesgo ahora de naufragar en sangre.

Y como lo suyo es la acción directa, actúa. Poco después del inicio de la guerra, el 23 de julio, Melchor, junto con Celedonio Pérez, Luis Jiménez y otros miembros de Los Libertos, inician el palacio del marqués de Viana, en la céntrica calle del Duque de Rivas. El marqués, Teobaldo Saavedra, se encuentra con Alfonso XIII en Roma, y la Duquesa de Peñaranda, su mujer, ha conseguido refugiarse en la embajada de Rumania.

Nada tienen que temer los empleados y servidores del marqués. No habrá refugio más seguro para ellos en



Este es precisamente Celedonio Canorea, en el momento actual de la delgada de primera. Foto: Ajinomó/Analog Perros (Almond)

todo Madrid. Tampoco se tocarán ninguna de las obras de arte, que no sufrirán ninguna merma, tal y como dará fe el propio marqués al final de la contienda. El palacio será refugio de muchísimas personas, entre ellos curas, militares, falangistas, funcionarios de prisiones, industriales, patronos.

La labor de Melchor se irradia desde allí. Extiende avales, salvoconductos y documentos que sirven a personas y personalidades de distinta condición social, muchas sospechosas de apotar la rebelión de los militares golpistas, para que puedan salvar su vida y enseres. Muchas personas de derechas llaman al número de teléfono del palacio, insertado en los avales, para que acuda en su auxilio por registros o detenciones. En aquellos primeros meses, de julio a octubre, salva decenas de vidas. Conforme pasan los días se ha corrido la voz en el palacio de Viana un responsable, de solvencia antifascista, con sentimientos humanos, se dedica a amparar a las personas perseguidas que recurren a él en demanda de protección y a liberar a detenidos en las checas. Rescata a centenares de personas de una muerte segura en el caos mortal de aquellos días.

Y no sólo eso. En el incendio -y posteriores ejecuciones- de la cárcel Modelo, el 22 de agosto del 36, acude y salva directamente a 15 personas refugiadas en el despacho del jefe de servicios, Juan Bañista, que luego se desempeñará como su ayudante y brazo derecho durante su etapa al frente de las prisiones. Entre esas 15 personas se encuentran varios miembros de la familia de Bañista, varios funcionarios y sus mujeres. A todos los refugia en el palacio del Marqués de Viana.

Pronto pudo dedicarse a aplicar sus ideas de anarquista humanitario. Ayudado por algunas personalidades y cargos republicanos, además del apoyo del cuerpo diplomático -que en su inmensa mayoría juega a favor de los rebeldes- es nombrado Inspector especial de prisiones en noviembre de 1936 por el Ministro anarquista Juan García Oliver. García Oliver, cuyo paso por el Ministerio de Justicia aún no se ha estudiado en profundidad, había ya nombrado a un delegado de prisiones, pero que como

el ministro, marcha a Valencia con la evacuación del gobierno republicano. Desde ese puesto detuvo las sacas y los fusilamientos en la retaguardia madrileña, salvando a miles de personas entre sus adversarios ideológicos. Diferencias de opinión con el ministro le llevaron a dimitir durante quince días, espacio en el que continuaron algunos fusilamientos. Repuesto en el cargo de Delegado especial de prisiones, se mantiene en él hasta marzo de 1937, echando un puño a los responsables de orden público de la Junta de Defensa de Madrid, donde Santiago Carrillo primero y José Cazorla después, con la inestimable ayuda de Serrano Poncela, obedecían los consejos de los asesores soviéticos de limpieza de la retaguardia. Esta actuación le valió a Melchor muchas críticas y acusaciones de ayudar a la quinta columna por parte de los comunistas.

Después de la guerra, Melchor se percataría de que su secretario, Juan Batista, y algunos otros de sus subordinados, habían pertenecido a esa quinta columna y se habían aprovechado de toda su labor.

Una labor que comienza el mismo día de su nombramiento. Melchor, desde las oficinas de la Dirección General de Prisiones, prohíbe que salga ningún preso de las cárceles desde las seis de la tarde a las ocho de la mañana, aunque reciba orden de libertad. Esas horas son las más peligrosas.

Acto seguido, acude con su secretario y la escolta a la cárcel modelo, donde detiene una saca masiva de cuatrocientos presos hacia Paracuellos, política impuesta desde Moscú por los asesores soviéticos de la Junta de Defensa y que imparten a rajatabla los comunistas de la Delegación de Orden Público: Carrillo, Cazorla y Serrano Poncela.

De la cárcel Modelo, la comitiva marcha a la cárcel de Pórfir, donde paraliza otra saca, los presos ya en la sala de espera de la prisión, aligerados de todos sus obje-



*Melchor despidiéndose de Juan Batista en sus oficinas en la calle de Urquía.
Foto: Alfonso Sánchez-Panera (Alfonso)*

ros personales y amarradas las manos. Cuando llega a la cárcel de San Antón, algunos de los autobuses han partido, pero no otros. Decenas de presos se salvan, ante la mirada torva de los milicianos que no saben por qué se paraliza todo.

Melchor se multiplica. Dispone inmediatamente que los milicianos salgan del interior de las prisiones a prestar servicio exclusivamente en el exterior. Y que vuelvan a ellas los funcionarios de prisiones. Y es algo que hace sin titubear, a pesar de que odie la política represiva. Melchor siempre ha estado en el otro lado, en el de los reclusos. Tiene en eso larga experiencia, ha probado la dureza de las cárceles con todos los regímenes. Ha formado parte de los comités pro-presos de la CNT y conoce a los funcionarios de Prisiones, sabe cuales son las claves del cuerpo, alguna acomplejado, a la defensiva, mal mirado por los actuales responsables, muchos de sus miembros en el punto de mira por gente que ha sufrido sus rigores. Sabe, asimismo, lo difícil que puede resultar su labor si no cuenta con esos funcionarios, muchas veces en peligro -algunos paseados y otros escondidos-. Y, paradójicas de la vida, lo primero que tiene que hacer ese anarquista que no cree en las cárceles es potenciar el papel de los guardiames, hacer que recobren la confianza, que crean en la justicia republicana, ponerlos de su lado. Sabe que su tarea va a ser ingrata y que en el camino va a perder la estimación de muchos de los suyos, que no pueden comprender cómo ahora defiende a sus enemigos.

Melchor Rodríguez fue una figura clave para devolver a la República el control del orden público y las prisiones. Aseguró el orden en las cárceles y devolvió la dignidad a la justicia. Bajo su mandato mejoraron las condiciones de los 11.200 reclusos de Madrid y su provincia, hasta el punto que los presos comenzaron a llamarle "El Ángel rojo", calificativo que él rechazaba. Creó una oficina de información, el hospital penitenciario y mejoró la comida de los detenidos. Asimismo, acompañó a cientos de presos en los traslados a cárceles de Valencia y Alicante.

Su labor no pasaba inadvertida para todos aquellos que consideraban que no debía darse ninguna facilidad al



enemigo, algunos entre los propios libertarios. Muy pronto tuvo que sortear un sinfín de peligros y penalidades y arriesgar varias veces su propia vida en el empeño. Hasta doce veces estuvo a punto de morir en la contienda, como él mismo contó de su propio puño en algunos de los documentos que se conservan en el archivo del Instituto Social de Amsterdam. De ellas, hubo media docena de intentos de asesinato, y aunque Melchor siempre calló los nombres o los responsables de esos intentos de eliminación, no es difícil adivinar que la mayoría provenían de las filas comunistas.

Su enfrentamiento con el PCE continuó con José Cazorla al frente de la consejería de Orden Público de la Junta de Defensa. En abril de 1937 denunció la existencia de checas estalinistas bajo sus órdenes directas. Fue cuando tuvo que rescatar de las manos de los comunistas al sobrino de Sánchez Roca, secretario de García Oliver en el ministerio de Justicia. Aunque Melchor ya había sido cesado por García Oliver, la polémica entre la CNT y el PCE sirvió a Largo Caballero para liquidar la Junta de Defensa.

La labor de protección a los amenazados y perseguidos, prosiguió tras su cese de Delegado de Prisiones y su nombramiento como concejal de cementerios del ayuntamiento madrileño en representación de la FAI. Desde ese puesto auxilió a las familias de los fallecidos para que pudiesen enterrar con dignidad a los muertos y poder visitar sus tumbas, amplió las zonas de sepulturas y resolvió el problema de los enterramientos de los refugiados muertos en las embajadas. Ayudó en lo que pudo a escritores y artistas y autorizó que su amigo Serafín Álvarez Quintero pudiera ser enterrado con una cruz en la primavera de 1938. Aunque supo de las intenciones del coronel Segismundo Casado —al que le unía una buena amistad— para dar su golpe y crear el Consejo Nacional de Defensa al que fue invitado, Melchor no jugó un papel activo en él, y aunque cayó en manos de los comunistas, como otros concejales, se salvó in extremis del fusilamiento.

*Melchor con los hermanos
Serafín y Joaquín Álvarez Quintero
en un momento de 1938 al regresar finalmente
que él mismo era
Pablo Alzola, Sánchez Roca y Alzola.*



Cuando llegó el último acto de la guerra civil, en marzo de 1939, Melchor fue encargado de coordinar la ayuda a los refugiados libertarios en Francia por el Comité Nacional del Movimiento Libertario. A su disposición estaba una suma de dinero y un pasaje en avión que le hubieran evitado muchos sinsabores. Sin embargo, decidió no salir de España y que en su lugar, lo hicieran Celedonio Pérez y su mujer.

Melchor Rodríguez fue de facto el último alcalde de Madrid durante la República y recibió el encargo, el 28 de febrero de 1939, por el Coronel Casado y Julián Besteiro, del Consejo Nacional de Defensa, de la entrega del consistorio a las tropas vencedoras. Presidió el traspaso de poderes durante dos días «aunque su nombre no quedara reflejado en ningún acta o documento», haciendo alocuciones por radio e intentando que en todo momento las cosas transcurrieran pacíficamente.

Finalizada la guerra, la labor de Melchor no sólo no fue reconocida, sino que se le sometió a la misma represión que cayó sobre todos los derrotados. Al poco tiempo fue detenido y juzgado en dos ocasiones en consejo de guerra. Absuelto en el primero de ellos y recurrido este por el fiscal, fue condenado, en un juicio amañado, con testigos falsos, a 20 años y un día, de los que cumplió cinco. Cabe destacar en la celebración de este segundo consejo de guerra la gallardía del general Agustín Muñoz Grandes, al que Melchor, como otros militares presos, había salvado en la guerra. Muñoz Grandes dio la cara por él y presentó miles de firmas de personas que el anarquista había salvado. Pasó varios años de cárcel entre Purler y Puerto de Santa María, donde cumplió la mayoría de su condena.

Cuando salió en libertad provisional, en 1944, Melchor Rodríguez tuvo la posibilidad de adherirse a la dictadura instaurada por los vencedores y ocupar un puesto «que le ofrecieron» en la organización sindical franquista o bien vivir en un trabajo cómodo ofrecido por alguna de las miles de personas a las que salvó, opciones que siempre rechazó. Antes al contrario, siguió siendo libertario y militando en CNT, actividad que le

costó entrar en la cárcel en varias ocasiones más. En lo material vivió muy austeramente de varias carreras de seguros. Escribió letras de pasodobles y cuplés con el maestro Padilla y otros autores y de vez en cuando publicaba artículos y poemas en el "Yo" de su amigo Martín Arrajo.

En el comienzo de la larga noche del franquismo y del anarcosindicalismo clandestino, fue un firme apoyo del comité nacional de Marco Nadal. Junto con él mantuvo contactos con la embajada inglesa para el reconocimiento de la Alianza de las Fuerzas Democráticas Españolas. En 1947 fue detenido y procesado al año siguiente, acusado de introducir propaganda en la prisión de Alcalá, por lo que le cayó un año y medio de condena, que cumplió en Carabanchel.

Siguió actuando a favor de los presos políticos, utilizando para ello los amigos personales que tenía en el aparato de la dictadura, a pesar de las críticas recibidas por ello de algunos de sus mismos compañeros o desde la izquierda. Entre esos amigos estuvo el democristiano y presidente de la editorial católica Javier Martín Arrajo (autor del sobrenombre de "El ángel rojo") y el falangista y Ministro de Trabajo José Antonio Girón, los únicos que abogaron, sin éxito, por los presos ante Franco.

Cuando se produjo el desencanto en el antifranquismo (años cincuenta y sesenta) mantuvo la antorcha confederal en la CNT del interior y se opuso a las actividades del cincopunismo (pacto con los sindicatos verticales de un grupo de anarquistas) en 1965. A lo largo de su vida activa estuvo en muchos comités y comicios regionales y nacionales, y se puede decir que tuvo grandes amigos y grandes adversarios en la CNT.

Su muerte, el 14 de febrero de 1972, fue una muestra de su vida. En el cementerio, ante su féretro se dieron cita cientos de personas entre las que se encontraban personalidades de la dictadura y compañeros anarquistas. Fue el único caso en España en el que una persona fue enterrada con una bandera anarquista roja y negra.



*Martin en la prisión de Carabanchel, en 1948.
Llega a estar 14 meses en la cárcel.
Tom. 11 fotos (Anuario Pirella Göttsche)*

durante el régimen del general Franco. Unos rezaron un padrenuestro y al final, Javier Martín Artajo leyó unos párrafos de un poema de Melchior:

*ANARQUÍA significa
 Belleza, amor, poesía,
 Igualdad, fraternidad,
 Sentimiento, libertad,
 Cultura, arte, armonía,
 La razón, suprema guía,
 La ciencia, excelsa verdad,
 Vida, nobleza, bondad,
 Satisfacción, alegría,
 Todo esto es anarquía
 Y anarquía, humanidad!"*

Personaje polifacético, ejemplo de español de otros tiempos, la figura de Melchior Rodríguez se agiganta con el tiempo. Para rescatar esta figura del olvido -un hombre contumaz, optimista, expansivo, un andaluz con angel, según escritores como Eduardo de Guzmán y Jacinto Toranzo-, se han unido personas y colectivos -en especial el grupo de trabajo de la CGT de Andalucía "recuperando la memoria de la historia social de Andalucía", impulsor de muchas iniciativas-, en una campaña donde lo que menos importa son las banderas, y sí el reconocimiento a su labor y un homenaje, merecido, a aquel paradigma de aquellos los que demostraron una gran humanidad en la guerra civil.

Además de un manifiesto, firmado por varios centenares de personas, se han realizado actos de homenaje y conferencias en Sevilla y Madrid y se han pedido sendas calles en Madrid, Sevilla y Alcalá. De momento, sólo el Ayuntamiento de Sevilla ha rotulado a una calle con el nombre de Melchior. También la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias, además de la edición de esta publicación -que recoge en edición facsímil, un homenaje que los funcionarios de prisiones hicieron a su delegado en 1937-, piensa bautizar con el nombre de "Melchior Rodríguez" el centro de reinserción construido en Alcalá de Henares. Todas estas iniciativas, como la próxima edición de un libro, buscan devolver a la ciudadanía a una

persona cuya labor al frente de las prisiones republicanas fue un ejemplo de dignidad del ser humano, un ejemplo que merece ser tenido en cuenta en este tiempo de intolerancias y sectarismos. Como Melchor Rodríguez afirmó rependidas veces, "se puede morir por las ideas, nunca matar por ellas".



HOMENAJE

A

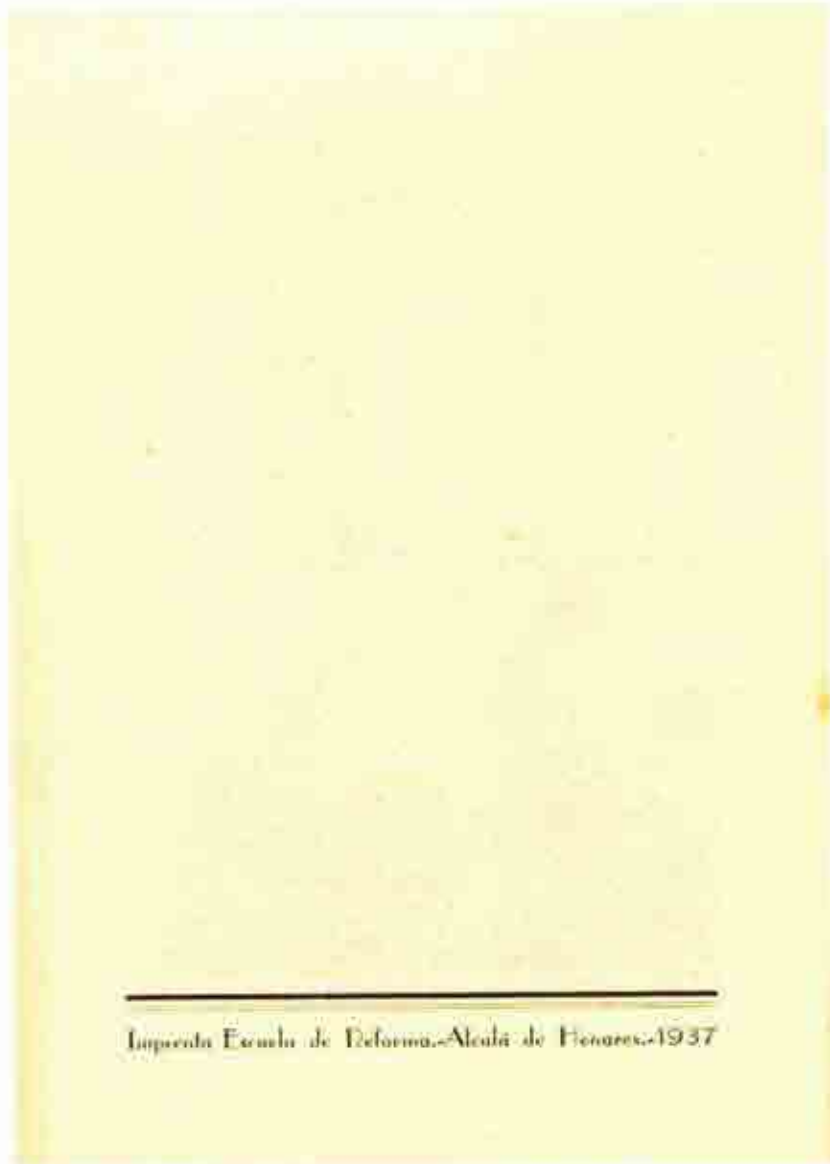
Melchor Rodríguez

colectado por los plantillos de funcionarios del Cuerpo de Prisioneros de Madrid, Alcalá de Henares y Guadalupe.



Imp. Escuela de Dibuño - Alcalá de Henares - 1937.

COMENSAJE A MELCHOR RODRIGUEZ



Imprenta Escuela de Reforma.-Alcala de Henares.-1937



Melchor Rodríguez.

No podía quedar en la obscuridad la labor realizada por Melchor Rodríguez al frente de la Delegación Especial de Prisiones y el agradecimiento de los funcionarios afectos a la misma y nunca mejor ocasión, para poderlo exteriorizar que una vez cesado en tal cargo.

Hecha la propuesta se sumó a él rápidamente, y casi sin ninguna excepción, el referido personal.

Efectuada la recaudación y adquiridos los objetos del recuerdo, el día 18 de abril de 1937, a las doce de la mañana y en su domicilio particular, tuvo lugar la entrega del referido obsequio al que fué nuestro Delegado Especial de la Dirección General de Prisiones, compañero Melchor Rodríguez.

Asistieron al íntimo acto (que resultó excesivamente concurrido, a pesar de que no se quiso hacer público), además de la Comisión organizadora, más de doscientas personas del Cuerpo de Prisiones, de ambos sexos, y de las distintas actividades de las ciencias, de las letras y de organismos sindicales y políticos, entre las cuales no destacamos nombres, por no incurrir en omisiones injustas.

El recuerdo de las plantillas de referencia, consistió en un bonito álbum con un dibujo artístico y en el que figuraba la dedicatoria al homenajeado y las firmas de los adheridos al acto; un reloj de pulsera de oro con cadena del mismo metal, dentro de un estuche en el que figuraba una artística placa de plata con la siguiente dedicatoria: «A Melchor Rodríguez.— Los funcionarios del Cuerpo de Prisiones, de las plantillas de Madrid, Alcalá de Henares y Guadalajara, en prueba de gratitud»; en el ángulo superior izquierdo aparecía una estatua de la Libertad y en el inferior derecho, la bandera roja y negra de la C. N. T. y la F. A. I. a cuyos organismos pertenece Melchor Rodríguez.

Ofreció el acto, en nombre y representación del director de la Escuela de Reforma de Alcalá de Henares, don Antonio Fernández Moreno.



que no pudo asistir al acto, el administrador de dicho Establecimiento, don Fernando Huerta Moral, el cual leyó las siguientes cuartillas, enviadas por el primero:

A Melchor Rodríguez

Madrid

Mi queridísimo amigo:

Circunstancias que no son del caso explicar, me impiden que acuda a tan simpático como interesante acto, de hacerte entrega de un sencillo recuerdo que los Funcionarios del Cuerpo de Prisiones, que hemos servido a tus órdenes, te obsequiamos en este día, como muestra de imprecadera recordación de cariño y amistad, por lo que, siempre, al fijar la vista en él, renozca la corriente de afecto que vive en todos los corazones, de los que con máximo entusiasmo hacen llegar a tus manos lo que ha de ser, como punto conector entre quien desempeñó el cargo de Delegado de la Dirección General de Prisiones en Madrid y su territorio, y los

que tuvieran el honor de tenerte por Jefe-querido y calculable amigo.

Nadie, querido amigo, habrá avanzado en menos tiempo que tú en el camino de la vida, más llaves y más platicones que los que has cosechado en tu paso por el cargo. Nadie, habrá escuchado más voces de reconocimiento y de honda emoción que tú en el ejercicio de un cometido. Nadie, más confianza, no solo en las manifestaciones oficiales que lleva consigo la función, sino en el orden personal, en un orden exclusivamente tuyo tan tuyo, que puede decirse que por su singularidad, has hecho que tu nombre, el immaculado nombre de Melchor Rodríguez, pase allende las Pájaras, de nuestros territorios marcos, para adelantarse por pueblos extraños como una antorcha luminosa que hace resplandecer la conducta seguida en tan escabroso cargo, cruzado de espinas, sembrado de obstáculos, que supiste suavizar y dulzear, rodeándolo de una aureola de humildad y de afectos, que te dio en alabanza, lo que era miedo y hincos, maldición y venganza.

Eres tú, querido amigo, el hombre cumbre que ha producido la revolución que presenciamos en el área de la retroguardia vieja, que, desde la elevada cima, iluminaba los adelantados estabos de la ladeca, haciendo el paso accesible a todos. Jamás exististe ni ante el

8



La Comisión del Cuerpo de Prisiones entregando a Melchior Rodríguez el objeto adquirido por suscripción entre los funcionarios, como recuerdo de su paso por la Delegación de la Dirección General de Prisiones.

peligro; ni ante la macabra luz de la maldicencia, marchando siempre en línea recta al igual que todos los ojos y la vida toda.

Quien conoce tus normas, te admira; quien te envidia, se rinde a la evidencia. No tienes enemigos, y es seguro que si los tuvieses dejarían de verte tan pronto como te conocieran.

Nacido en las entrañas del trabajo, llegas en circunstancias bien difíciles como las actuales al elevado nivel de la popularidad y de la admiración. Tu caso es único; singularísimo. El hombre obrero aparece en primera línea, en destacado lugar, flameando como ningún otro: admirado de propios y extraños, por extraños tan poco dudosos y de cultura y categoría social como los que integran el Cuerpo Diplomático, que hacen que tu nombre flote de boca en boca, de pueblo en pueblo, de nación en nación por todos los ámbitos del Globo.

Hombre de revolución; hombre que piensa y sueña con el cambio de esta mal organizada sociedad; en su transformación total; comienzas a dar ejemplo como nadie; haciendo buenas aquellas incomparables ideas grabadas sobre el papel de "Qué es Anarquía" y que de forma tan bella has poetizado, haciendo brotar las ideas del fondo de tu alma. Si Anarquía es lo que tú sientes; si Anarquía es lo que tú practicas; si Anarquía

es lo que tú vas sembrando con la vida, entonces somos anarquistas todos los hombres de buena voluntad; todos los que enclovan su alma en el santuario de la virtud, siendo un error que no sea anarquista el conglomerado social que los hombres formamos.

Desatan de tu mente ideas poéticas, porque eres poeta por antonomasia; de tu corazón emana el amor como fuente inagotable de caridad y de afecto, y de tu cerebro, ideas sublimes, ideas clarividentes, ideas immaculadas, porque eres un santuario de un alma tan grande como bella.

Eres en uno sólo, los tres orígenes de hombre de que nos habla Schopenhauer: porque eres el hombre que vale por lo que representa; ya que nadie como tú por haber cosechado afectos y simpatías. Vive en ti el hombre por lo que tiene, porque nadie más rico y poderoso que tú por tu grandeza de corazón y por tu incomparable humanidad. Y llevas en sí el hombre por lo que vales, por tu clara inteligencia; por contarte entre los escogidos, inteligencia de que emanan una férrea voluntad, una concepción capilísima y una singular intuición que en pocos se conjuntan.

Nadie quizá como yo para poder proclamar cuanto apuntada queda. Todo, todo lo podré descubrir en ti, en unas horas amorosas, amorquísimas, que hoy recuer-



Personas que acompañaban a Melchor Rodríguez en el acto del homenaje.

da con verdadero deleite; horas de angustiado vivir, de una tarde del mes de diciembre, en las que veía caer por la quindañ de la incomprensión a mil quinientos pesos para nunca levantarse y que, como muchos otros, proclamaba hoy la grandeza de tu valor. ¡Cuántas bellas cualidades descubri en ti, amigo del alma! qué corazón más inagotable; qué inteligencia más clarividente; qué valentía, mejor dijese que heroísmo! Todo, todo apareció en ti aquel día, en tu sola persona que se agigantaba en medio de un torbellino de seres irreflexivos e inconscientes que pedían lo que tú tanto odias, que luchas con contra ti en razón de miles a uno, sin hacerlo seleccionar en solo centímetros. Triunfó tu valor; triunfó tu cordialidad. Triunfó lo que eres tú: TALENTO, COE-LIAZÓN y VOLUNTAD.

Has pasado por el escabroso camino, dejándolo tras ti una estela de amor. Te recuerdan, los que carecen de libertad y muchísimos que ya la alcanzaron, con verdadera emoción. Pronuncian tu nombre, como se pronuncian el nombre de un Mesías, como de algo sobrenatural. Recuerdo aquellas cosas de verdadero afecto y alegría que te rodeaban cuando estabas en los patios de la Prisión; aun resuenan en mis oídos tu nombre mil veces pronunciado de "está Melchor, está Melchor" y la confianza con que acudían a ti, siendo como una ta-

la salvadora de máxima garantía. Puedes tener la evidencia que sus labios no habrán pronunciado jamás un nombre con tanto afecto y simpatía, y que en el correr de los tiempos se pronunciarán en sus hogares las palabras de Melchor Rodríguez oráculos de amor y reconocimiento, que es la más alta recompensa a que un hombre puede aspirar en el ejercicio de su cometido.

Nada he de decirte, estimable amigo, de los que compartimos contigo la travesía del rubicón de estos tiempos. Llegaste en las horas más difíciles que se registran, no en la historia del Cuerpo de Prisiones, sino en la historia de la Patria.

Horas trágicas de angustia vivas, siendo tu designación para el cargo como un hermoso amanecer tras de una noche horrenda. Como dice Mallarmé, nos trajiste una inyección espiritual; una inyección de fealdadez y esperanza; haciendo que surgiera como un nuevo Cuerpo de Prisiones, que recuerda con indeleble cariño tu paso por el cargo y para el que serás siempre algo que traspasa los límites de lo conocido; perseverando en nuestra memoria tu extraordinario valor y tus excelsas cualidades.

Recibe, pues, queridísimo amigo, este homenaje que hacemos llegar a ti en forma material, porque no encontramos otro medio de significarte y de mostrarte lo

que por ti sentimos. Tradúcela en algo espiritualizado; en algo emanado de la más íntima de vuestras almas; en algo imponderable que guardaremos toda nuestra vida en lugar preferente de vuestras corazones. Piensa, cuando este objeto te impresione la retina, que en él va entrañado el afecto de los mejores amigos, de los más grandes admiradores.

Que los veas siempre dibujados a todos, envueltos en una ola de afecto y ligados y que en tanta devoción tienen, por el fraternal abrazo que, en su nombre y en el propio, te envía quien tanta te quiere, tuyo incondicional amigo por siempre.

Antonio Fernández

Alcalá de Henares, 18 - abril - 1937.

* * *

A continuación Melchor Rodríguez, visiblemente emocionado, leyó la siguiente contestación:

Me place extraordinariamente el que yo haya sido el motivo que os ha movido a celebrar esta gratísima reunión de amigos, con carácter de homenaje, en nom-

bre de los Funcionarios del Consejo de Pastores de las provincias de Madrid y Guadalajara. Plomaje rojo (el primero que yo acepto en mi vida) que se rinde no al hombre sino a su obra, lo que para mí significa el más preciado galardón de orgullo y alegría, porque ello implica el haber ganado para las ideas que yo sustenté, un gran número de simpatizantes, toda vez que cuantas felicitaciones a mí se me rindan, son por mí interpretadas como signo de aprobación del programa mi fuente de la doctrina Anarquista, en aquella parte que yo he tenido la suerte de poner en práctica durante mi breve paso por la Jefatura de las Pensiones de Madrid y su territorio, primero, y de Guadalajara y su Provincia, últimamente.

Si este homenaje que yo no quiero calificar de merecido por no caer en la vulgar costumbre de decirlo a veces con falsa modestia, aquella que no se siente, o mejor dicho, la conciencia de lo que en realidad siente uno; a este homenaje, tan familiarmente sencillo (por eso es hermoso) me hubiese sido dedicado en uno de aquellos días en que yo era sustraído, tal vez hubiese sido interpretado como signo reverencial de obediencia al superior, de servilismo cultural, de humillación ante la autoridad de un hombre anidado en mundos viejos. Pero hoy, dedicado este homenaje al mes y medio largo

Antes ...



*Melchior Rodríguez, en la celda que ocupaba en la Prisión
Celular de Madrid, detenido por sus actividades
y propagandas a favor de los obreros.*

de yo haber sido ECHADO (esta es la frase más gráfica y adecuada a mi caso y no las de "destituido" o "dimitido", pues que hasta la fecha presente, ni el Ministro de Justicia, ni ninguna de las autoridades a las cuales estaba subordinado mi cargo de Delegado Especial de Prisiones, ni los Organismos Colegiales y específicos de la C. N. T. y la F. A. I., nadie, absolutamente nadie, me ha pedido ni me ha dado la más leve explicación respecto al motivo o motivos por los cuales a mí se me arrojaba del cargo como se arroja a la calle una cosa que estorba, que no vale nada...) dedicada este homenaje, repito, a los cuarenta y siete días de yo haber sido ARRUCADO de aquel cargo, cuya primera mitad del tiempo que lo ejercí implicaba una verdadera carga, y vosotros lo sabéis igual que yo porque lo habéis vivido; ahora, en estos momentos en que yo no significo nada y que no podéis esperar de mí nada que os pueda favorecer como funcionarios del Cuerpo de Prisiones, este precioso momento que nos tiene aquí reunidos, tan desprovisto de intereses reintercambiables, significa para mí uno de los instantes, quizás el más feliz, de todos los de mi vida.

Para un hombre del pueblo; para un trabajador manual; para un hombre salido del arroyo; para un hombre que ha sido tantas veces carne de prisión, carne

de la miseria, del hambre, de múltiples persecuciones y amargos sinsabores) para un hombre, en fin, que como yo ha pasado por todo lo anteriormente expuesto, el hecho de recibir un homenaje por parte de aquellos que primero fueron mis carceleros y últimamente, más que subordinados míos, mis más fieles intérpretes y colaboradores en una obra de acático humanismo, tiene para mí una importancia tan honda, que no puedo por menos que expresar con el eco de mi corazón esta base que resume todo mi sentir:

¡Si será sublimemente grande y humana la idea socialista-libertaria, que, cuando se ponen en práctica sus esencias doctrinales, hasta es capaz de lograr el milagro de fundir en fraterno abrazo a un "carcelero" y un anarquista, extremos opuestos desde que la mente humana concibió la idea de amar la libertad!...

Fue dicho "carcelero" para expresar más gráficamente la abismal distancia que ha separado siempre al hombre de ideas acáticas: el Anarquista, del Funcionario de Prisiones, hasta no hace muchos años llamado "carcelero".

Pero no sería yo justo ni agradecido si coreara esta mal hilvanada peroración mía sin hacer justicia al actual Cuerpo de Prisiones, en el sentido de reconocer que desde hace breve tiempo ha ido desapareciendo de

... Después,



Melchor Rodríguez, despidiéndose con su secretaria particular, cuando desempeñaba el cargo de Delegado de la Dirección General de Prisiones.

su sero el repugnante tipo de "carcelero", pero, más en consonancia con la persona y sus sentimientos, pasar a ser dignamente catalogado de esta manera: Oficial del Cuerpo de Prisiones, en justa equiparación al tratamiento que tienen los Oficiales del Ejército del Pueblo. Y que esto es así, que del Cuerpo de Prisiones ha ido extinguiéndose la parte mala que daba lugar en anteriores épocas a que los empleados del Cuerpo fuesen catalogados con el nada agradable nombre de "carceleros", lo demuestran hechos, algunos de los cuales yo quiero hacer resaltar para honra y satisfacción de la propia Oficialidad de Prisiones. Yo sé de muchísimos funcionarios que han tratado paternalmente a los reclusos que se hallaban bajo su custodia, hasta el extremo de haber sido sancionados con castigos, traslados, faltas en su hoja de servicios, etc., por negarse a aplicar el duro y arcaico reglamento de Prisiones, muy a tono con la época y las personas que lo "fabricaron", pero completamente desentonado con los tiempos presentes en que la rigidez, la severidad, la dureza en los procedimientos, van trocándose en nobles aplicaciones de métodos persuasivos, tales como la captación de la voluntad del hombre por medio del buen trato, mejor alimentación, cómodo alojamiento, reducción de los llamados "períodos", implantación de escuelas de reforma,

«obscuro, con los cuales la vida de los pobladores de las prisiones ha ido humanizándose a tanto y medida de los procedimientos humanistas de la actual época de libertad y progreso».

Tal reglamento, de fondo anticuado, obscuro, feo, elaborado con materiales de una monarquía infanzuona, sigue rigiendo actualmente para requisa de un Ejército democrático que ostenta el hermoso lema de República de Trabajadores, Letra y espíritu de conciencia penal que, para honra de los ideas progresistas que inspiran a los Comunistas sindicales y políticos que son hiecos puntales de la República del pueblo antilascista, debería desaparecer de un plumazo, como de un plumazo las cosas por unos desalmados, monarquizantes niger, lacciosos contrarios han, que no han vacilado en humillarse al servicio de los países fascistas, con las armas que al pueblo legítimo pertenecen, vendiendo a los invasores extranjeros territorio patria, honra y vidas, a costa de la sangre de tantos miles y miles de hermanos de una misma familia, de una misma raza: la Española. Aristocracia ideal de altas sensibilidades que está escribiendo en el libro de la Historia del Mundo la más bella y emocionante página de lucha por la libertad integral de los pueblos oprimidos.

Termino: Conste mi más profundo agradecimiento

a cuantos Funcionarios del Cuerpo de Prisiones me ayudaron a soportar la pesada carga que suponía dirigir los Establecimientos carcelarios de Madrid y su territorio en aquellos inolvidables días de noviembre y diciembre del bien temido año 1936. Y más que las gracias, un abrazo cordial y emocional a la Comisión Organizadora de este homenaje, que jamás olvidaré y que, no sé si soy merecedor de él, pues que sólo es a la Historia o la que compete alentar o negar los méritos que en vida son adjudicados a los hombres que públicamente o privadamente son destacados artífices del progreso de los pueblos.

* *

El compañero Eugenio López Martínez, administrador de la Prisión de San Antón, dijo que enterada la población penal del referido Establecimiento, mostró deseo y así se lo hicieron constar, de que se expresara en el referido acto el agradecimiento y el afecto que le profesan por el mucho bien que por ellos ha hecho.

* *

El actual Delegado Especial de Prisiones, camarada Julián Fernández Villegas, hizo constar la satisfacción que el acto le producía, pro-

metiendo continuar la labor marcada por Melchor Rodríguez, y éste, al agradecerlas, manifestó sus deseos de poder asistir a otro homenaje igual el día que tenga que dejar el cargo que ostenta.

Melchor Rodríguez, termina con un abrazo a Fernández Villegas, expresando que al hacerlo así, lo efectuaba a todos los funcionarios del Cuerpo de Prisiones presentes y ausentes.

A propuesta de los asistentes se acordó editar el presente folleto, con lo cual la Comisión organizadora, se siente satisfecha y orgullosa.

El anarcosindicalismo y la España de Melchor Rodríguez

José Luis Gutiérrez Molina

Historiador

La trayectoria militante de Melchor Rodríguez García comprende las décadas de mayor importancia del anarcosindicalismo español y de las principales transformaciones de España en los últimos cien años: desde 1919 hasta los años cincuenta del siglo pasado. Desde la aparición del sindicato único a los momentos de mayor declinamiento cuando la represión franquista, las divisiones y las transformaciones sociales y económicas en España le llevaban a la decadencia.

A finales de la década de los años diez del siglo XX la sociedad española pagaba por dejar su papel secundario. La restauración borbónica hacía aguas a medida que dejaba de funcionar el bipartidismo implantado hacía más de treinta años y que, tan brutalmente, dicen que describió en su lecho de muerte Alfonso XII a su esposa María Cristina recomendándole que fuera de Cánovas a Sagasta, del partido conservador al liberal, y de Sagasta a Cánovas y que, por lo demás, guardara el coño. Recordaba que a su madre, Isabel II, su vida licenciosa, entre otras causas, le había costado el trono.

Los españoles pedían paso en la vida política, social y económica. Entre ellos los obreros. Atrás quedaban décadas de persecuciones, muertes, deportaciones y luchas por el derecho a asociarse, a negociar sus condiciones de trabajo y a ser considerados como hombres. También las clases medias

Melchor Rodríguez García
y José Ferrer
fueron Alfonso García Sureda y Adriano



pensaban que, quizás, la propiedad privada, los derechos políticos y su desarrollo cultural no iban a ser posible en una monarquía defensora de desigualdades extremas, de un marco político estancado, un lento desarrollo económico y con la educación y la moral eclesíasticas en exclusiva a la Iglesia católica. Que la solución podía ser una República laica, liberal y parlamentaria. A la vez el mundo obrero, y sectores de las clases populares, iban construyendo su alternativa, un mundo nuevo en el que los planteamientos federalistas y colectivistas anarquistas tenían un importante papel. Más aún a partir de octubre de 1917 cuando el pueblo ruso demostró que monarcas, oligarcas, militares, papas y latifundistas podían ser vencidos.

En 1920 Alfonso XIII comenzó a cavar su tumba. Las costuras de la monarquía saltaban por todos lados y no se le ocurrió mejor idea que ponerle a la sociedad española el aún más estrecho traje de la dictadura de Primo de Rivera. Por brazos, mangas y panza salían los muertos sociales, los soldados de Anual y las corruptelas de todo tipo. De momento el país respiró al desaparecer la violencia de las calles, ralentizarse la guerra en Marruecos y desarrollarse una desafortunada política de obras públicas. Las organizaciones anarquistas fueron disueltas, sus militantes más conocidos deportados o encarcelados. Pero el obrerismo era necesario. No se estaba ya en la época de "La Mano Negra" o del castillo de Mónjuich. Así que Primo miró a los socialistas con los que, aunque habían montado una huelga general revolucionaria cinco años antes, se podía hablar. Largo Caballero, Ilaniza y otros pensaron que convertirse en la única fuerza obrera de España bien valía colaborar con el Estado corporativo e incluso ocupar un puesto en el Consejo de Estado. Siempre habría tiempo de saltar de la barca de la Dictadura. Ahora había que aprovechar el campo despejado con la desaparición de los sindicalistas.

Los anarcosindicalistas tienen tiempo para reflexionar y aprender, entre otras cosas, de lo ocurrido en Rusia. Los comunistas han llegado a España, ya han escindido al PSOE, aún todavía pocos, caben en una

malera, "Baúl Obrero" llamaban a su vocero en los años treinta, pero nunca se sabe. Ahora están apoyados por un Estado y conocen bien cómo actuar. Han oído a sus compañeros rusos que habían logrado escapar de la ya Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y leído los informes de anarcosindicalistas como Gastón Leval y Ángel Pestaña. Apareció la FAI, la temible Federación Anarquista Ibérica, que aunque envuelta en oscuridades nació un luminoso día de playa.

La situación terminó pudriéndose. Primo ha querido volar solo y eternizarse en el poder como su amigo Benito Mussolini en Italia. Una idea que no le gustó pero que nada a Alfonso XIII que veía con preocupación como aumentaban los opositores y los políticos monárquicos que se hacían, de un día para otro, republicanos. Además los años de las alegrías presupuestarias acababan y el Ministro de Economía José Calvo Sotelo no podía evitar la depreciación de la moneda y que el déficit presupuestario alcanzara cifras astronómicas. Y todavía faltaba por llegar la crisis del 29, cuando el cielo neoyorkino se cubrió de los arruinados que se lanzaban desde las ventanas de los rascacielos. Así que el monarca terminó por dejar caer como un guinól a Primo que partió para el exilio. La CNT volvió a funcionar públicamente y su expansión fue inmediata. El sueño socialista de ser la única representación obrera se desvanecía. Más aún, en Madrid el anarcosindicalismo se hacía cada vez más presente. Pocos años después, en vísperas de que comience a creerse que el mundo nuevo es posible, la joya de la corona de la UGT madrileña, el sector de la construcción, pasó en gran parte a manos ácratas.

Como la maduración de las uvas, la caída de la monarquía era sólo cuestión de tiempo. Todos esperan el momento de la cosecha. Unas elecciones municipales bastan para que el rey, abandonado por todos, incluso por los militares que no le perdonan el "borbónico" al que ha sometido a Primo, abandone España a hurtadillas. La sociedad española no llora. Al contrario, esperanzada, cree que comienza un tiempo de alegrías, progreso y felicidad. Qué menos se puede esperar de esa "Niña" tan deseada y lozana.

Durante la primavera de 1931 los protagonistas tomaron posiciones. Los grupos desalojados del poder comenzaron a conspirar. Piensan que lo ocurrido no es sólo un cambio de régimen. Se ha perdido el respeto y, además, ven que, junto a los burgueses de orden, de los monárquicos recalcados, como el propio presidente de la república Alcalá Zamora, y del socialismo colaboracionista, despiertan otros sectores, entre los propios republicanos y anarcosindicalistas, que piensan que el cambio no puede ser sólo de fachada, que es el momento de profundizar más y, si es posible, construir ese deseado mundo nuevo. Los tiempos económicos no son buenos. La crisis está desatada, el paro sube y quienes han esperado durante décadas, como los campesinos, no parecen dispuestos a hacerlo mucho más. Así que junto a los obreros urbanos que no sólo no quieren perder sus trabajos sino también recuperar las condiciones laborales que les quitó la dictadura, los jornaleros reclaman una rápida reforma agraria.



Adolfo Rodríguez en sus días de diputado republicano-socialista.
Foto: Agence France Presse - Epoca

El nuevo gobierno republicano quedó atrapado y no vio la salida. Sabía que los adversarios eran formidables, que había comenzado la evasión de capitales, que se conspiraba en sastruzas y cuartos de banderas, que las provocaciones -"¿No querías república?, pues consuel república"- no cesaban. Pero el hebedizo del poder comenzaba a producir sus primeros efectos, llegó el "andarse con cuidado", el querer contentar a tirios y troyanos, el mantener viejos vicios y menospreciar al enemigo. En junio de 1931 hubo quienes denunciaron que las candidaturas republicano-socialistas a Cortes constituyentes se habían elaborado como en los tiempos de la monarquía, en los despachos de los gobernadores civiles.

También distorsionó al Pacto de San Sebastián la pujanza de la CNT que recogió al cada vez mayor número de descontentos. Entre ellos a los trabajadores de la construcción en paro, a los que veían que tenían que "apretarse el cinturón", a los trabajadores de la Telefónica que había dejado de ser, para el ministro Intalecio Prieto, la multinacional que humillaba al pueblo español para convertirse en un compromiso internacional que podía solventarse enviando a la Guardia de Asalto contra los

huelguistas y a los ferroviarios que esperaban que se cumplieran viejas promesas.

Primó el viejo axioma monárquico de que la paz pública no era sino una cuestión de orden público. Hasta septiembre de 1933 los dos primeros gobiernos republicanos-socialistas se encargaron de hacer buena esta afirmación, por medio de sus ministros de la Gobernación, los de los 287 muertos, Miguel Maura Gamazo, el hijo de Anatólio, el del proceso y ejecución de Francisco Ferrer Guardia, y Santiago Casares Quiroga, el político gallego cuya afición a dormir le hizo abandonar a su suerte a los capitanes Galán y García Hernández en diciembre de 1930 y perderse el inicio del golpe de Estado en las guarniciones africanas una tarde de julio de 1936. A la vez, las nuevas cárceles de Victoria Kent, se llenaban de anarcosindicalistas detenidos en huelgas, acusados de acciones violentas, a disposición gubernativa, o incurso en delitos contemplados por el sombrero represivo, que coronaba la recién nacida Constitución, de la Ley de Defensa de la República y la de Vagos y Maleantes, una legislación tan avanzada que ni los vencedores en 1939 se molestaron en derogar.

La Segunda República hacía aguas en medio de una Europa que, arrasada por los fascismos, se encaminaba hacia la confrontación. En la otra esquina del continente la Unión Soviética miraba y se preparaba a salvar sus muebles abandonada hacia tiempo la idea de la revolución universal, la permanente de la que hablaba Trotsky, por la del socialismo en un solo país defendida por Stalin. Para anarquistas y anarcosindicalistas el problema no era sólo su enfrentamiento con las autoridades o la política descaradamente favorecedora del sindicato hermano, la UGT, que llevaban desde las carteras claves de Trabajo y Obras Públicas los ministros socialistas. También estaban los del baúl, los "chinos" como les llamaban por sus campañas. Los comunistas del PCE no sólo habían querido aprovechar la confusión de los nuevos tiempos para apoderarse de las siglas de la CNT, sino que intentaban dividir e infiltrarse en los sindicatos confederales y desprestigiarlos. Sobre todo a partir de octubre de 1954.

El verano de 1936 se presentó complicado. En Madrid hacía más de un mes que decenas de miles de huelguistas de la construcción impedían hasta los enterramientos y la ola amenazaba con extenderse. El triunfo del Frente Popular en febrero, tras dos años de gobierno derechista y con las orejas del lobo fascista cada vez más visibles, había llevado a muchos al convencimiento de que no eran horas de vacilaciones, que el proceso reformista republicano debía llevarse a cabo a fondo. La situación era más propicia que en 1931: los anarquistas estaban más preocupados, que por hacer la revolución, en relamerse las heridas de años de lucha sin cuartel con unos y otros, restañar sus diferencias internas y reorganizar a una afiliación demasiado tiempo abandonada a su suerte por clausuras de centros y prisiones, y a la propaganda y actividades de los comunistas y de sus cada vez más poderosas organizaciones de ayuda a los represaliados, como el Socorro Rojo Internacional.

La reacción española nunca se había caracterizado por su generosidad social, ni sutileza política, ni por sus análisis de lo que realmente le convenía a medio y largo plazo.

Desde 1931, todo el proceso modernizador que vivía el país, era considerado una única revolución transgresora de los inmutables principios que habían guiado el mundo desde su creación. Liberales republicanos y anarcosindicalistas eran lo mismo, como comunistas y masones, ya saben la conspiración a la que añaden los judíos por eso del mitematismo. Así que, en la primavera de 1936 estaban más que convencidos de que la única forma de evitar el caos que se avecinaba era empuñar la espada flamígera o por lo menos que por ellos, civiles, la empuñarían los que sabían hacerlo, los militares. Pero nada salió como esperaban: el golpe de Estado no triunfó y lo que más temían, y que en teoría era lo que querían evitar, la revolución social, llegó. Incubada durante décadas esa alternativa radical elaborada por las clases populares, trabajadores y campesinos, se desarrolló tras el fracaso golpista que se llevó por delante, numentinamente, no solo a gran parte del Estado republicano sino al caciquismo político, social y económico existente. El mundo

nuevo parecía posible, de hecho estaba surgiendo como declaró Buenaventura Durruti a un periodista canadiense y ha terminado por convertirse en lema de camisetas.

Muchos anarquistas habían recelado del poder de las estructuras sindicales y de su comportamiento en los momentos revolucionarios. En 1936 iban a tener motivos para hacerlo aún más. Educados en principios anti-autoritarios y negándose a proclamar una dictadura ácrata en las zonas en las que pudo hacerlo la CNT se zambulló en un colaboracionismo gubernamental en el que las reglas del juego eran muy diferentes de las de que estaba acostumbrada. Así la revolución española, la que volvió a despertar la ilusión mundial defraudada en 1917, iba a tragarse a muchos de sus protagonistas e hijos. Entre ellos al propio anarcosindicalismo. Cogidos en la pinza de la colaboración, del dilema guerra-revolución, terminaron por ser desplazados del centro de la vida social española. A partir de ahora las decisiones la tomarían los partidos políticos no los sindicatos. Los sucesos de mayo de 1937 en Cataluña lo pusieron de manifiesto. Tres meses después, la disolución de las colectividades aragonesas terminó de poner la guinda al pastel de la recuperación del poder estatal.

No queridos por nadie, el mundo libertario fue ninguneado y vilipendiado por todos. Los rebeldes, que sabían era el adversario a batir, lo ignoraba -el enemigo en Rusia, el comunismo internacional- y le lanzaba cantos de sirena que los más débiles pudieron oír. El Estado republicano les endilgó la responsabilidad de todos los excesos, de ser incontrolados, de actuar como una tribu y de la responsabilidad de que la guerra se perdiera por sus reticencias, aventurismos, indisciplinas y deserciones. Como si sólo hubiera existido el doctor Muñoz y no García Atalell o los que hicieron desaparecer a Nin. Incluso en ese saco entraron quienes, como Melchor Rodríguez, se aprestaron a construir antes que destruir. ¿Que salvó a cientos de fascistas de ser asesinados? Algo oscuro habría. En el peor de los casos, ¿no hubiera sido mejor que Agustín Muñoz Grandes, el primer jefe de la muy republicana Guardia de Asalto, hubiera muerto? Además, fue "casquista" y por tanto, un traidor.



*No se venían ni oírlos de los franquistas.
Mientras vivían los catalanes del lado de acá
del Pireo de Barcelona, 24.
Foto: Alfonso Tamayo Paricio, s/fotogramas*

En 1938 no quedaba ni rastro de la fiesta en la calle. Del pueblo en armas se había pasado al ejército popular que se enfrentaba, con escaso apoyo internacional, a los sublevados y a sus aliados alemán e italiano. Las democracias occidentales no se fiaban de la española. Es verdad que se había reconducido la impresentable revolución veraniega, que la normalidad institucional se asentaba cada vez más, más allá de la parafernalia de gestos, insignias y banderas. Pero no era suficiente para que rompieran la farsa del Comité de No Intervención. ¿Qué contaba España en el tablero europeo donde se jugaban otras partidas más importantes? De momento toca el tiempo de contentar a la fiera y si se quiere hacer un sombrero con la piel de toro española que se lo liaga. Están seguros que Stalin tampoco arriesgará más de lo necesario. ¿Qué cara se le quedaría a alguno cuando en el campo de concentración francés se enteró del pacto de no agresión que habían firmado Molotov y Von Ribbentrop?

Fueron los meses en los que se luchó para sobrevivir. Algunos anarcosindicalistas, otra vez en celdas y campos de trabajo, pudieron hasta imaginar que quizás lo que se decía de la crueldad fascista eran exageraciones y lo mejor que podía pasar era que todo terminara. A fin de cuentas casi todo volvía ser como antes. Pero, ¿cómo se hacía? A la hora de las victorias faltan grandes ángulares para que la fotografía pueda recoger a todos los que quieren salir. En las derrotas hay que buscarlos, obligarles e, incluso, buscar al cabeza de tuerca que pague el pato. La CNT se había dejado todo en el empeño: ideales, poder, militantes, prestigio. Ahora sus comités intentaban evitar la desbandada. Sabían que había muchos que no sólo estaban descontentos sino incluso dispuestos a tirar la toalla. Estaban seguros de que serían los últimos en coger un puesto en el tren, coche, avión, barco que les llevara a lugar seguro.

Tras la pérdida de Cataluña parte de la CNT se sumó al carro de Casado. También lo hicieron sectores socialistas. Confían en que los apoyos diplomáticos de los que hablaba el coronel lograrán que los rebeldes cumplieran sus promesas si las hacían. El fin se acreaba y todos lo sabían. Incluso quienes se desgañaban que

había que continuar que, pronto estallaría la guerra en Europa y todo cambiaría. No había quien dejara de preparar su salida. Se disponían a pasar a la historia como tradadores de un régimen que les persiguió y encarceló. El papel de víctimas, de héroes caídos, quedaba para otros. A fin de cuentas ¿qué otro podían tener los anarquistas? Así que fue uno de ellos el que entregó Madrid a los sublevados.

Exhausta, maltrecha, dividida, habiéndosele escapado el mundo nuevo por entre los dedos, la CNT se dispuso a afrontar los nuevos tiempos tan negros como las nubes de las tormentas de su canción más popular. Al amargo regusto de la derrota había que añadir que estaban solos. Ni en España ni en el exilio nadie les quería. Como diría un anarquista ante las quejas de lo mal que habían sido recibidos en Francia, ¿cómo pensaban que lo iban a hacer? Eran revolucionarios, los que tenían cuernos y rabo, los que iban a quitar las cosas a los demás. Se les temía cuando tenían fuerza, ahora que no, lo mejor que les podía pasar era que les olvidaran. En España también la mayoría quería olvidar. Los vencedores no daban tregua. El rojo que no había podido huir y salvarse la vida tenía que resignarse a morir socialmente, a padecer el exilio interior, acostumbrarse a sobrevivir.

Aunque también los hubo que se negaron. En los propios campos de concentración comenzaron a reorganizarse. Como el comité de Esteban Pallarols que creó una empresa de frutas tapadera para cobijar a los más perseguidos. Apenas duró siete meses antes de que fuera detenido y fusilado. Además estaban las diferencias entre los que se quedaban en el interior y los del exterior, los del exilio. Los primeros querían ante todo que terminara la dictadura franquista, daba igual como fuera, lo importante era que amaneciera de nuevo. Entre los segundos había quienes reflexionaban hasta donde les había conducido las actitudes de los años anteriores, se mostraban intransigentes con las renunciadas ideológicas y ferozmente anticomunistas. Finalmente estalló la guerra en Europa. Más aún se hizo mundial tras el bombardeo japonés de la base norteamericana de Pearl Harbor en diciembre de 1941.



En la cárcel de Príncipe Alfonso se organizó la guerra de guerrilla por los anarcosindicalistas. Foto: Alfonso Sánchez, Príncipe Alfonso

Para entonces muchos anarcosindicalistas exiliados estaban en los batallones de trabajadores franceses, en las tropas de los aliados, ocultos o trasladados a los campos de exterminio. En el interior, la retórica fascista e imperial inundaba todo y la División Azul ayudaba a las tropas nazis a acabar con el comunismo en Rusia. Pronto las cosas empezaron a torcerse: ni Hitler ni Mussolini estaban dispuestos a dar a Franco el papel que correspondía al imperio hispánico ni, poco a poco, quedó tan claro que las corruptas y decadentes democracias occidentales iban a hincar la rodilla ante el Tercer Reich y, mucho menos, la cabeza del oso ruso decoraría una sala del Reichstag.

Primero tímidamente durante 1942 y después de forma más abierta a partir de 1943 el anarcosindicalismo despertó en España. Los sindicatos censurados se reorganizaron de Galicia a Andalucía, de Extremadura a Cataluña y la guerrilla se recrudeció contando con más apoyo. Aunque poco se notaban estos cambios en las cárceles y sentencias de consejos de guerra. Al contrario se recrudeció la represión. Los enlaces de la guerrilla eran asesinados en pleno campo, los guerrilleros rematados y las cárceles seguían llenas a pesar de que, para su propio gobierno y las necesidades del país, de vez en cuando, el dictador promulgaba un indulto que permitía a algunos incorporarse a la sociedad del brazo levantado y el puño abierto.

El corazón de millones de españoles se esperaba al ritmo de las victorias aliadas y el empeño, olvidando lo ocurrido hacía tan poco, por creerse que, ahora sí, que ahora Francia, Inglaterra, Estados Unidos no iban a permitir que quedara en pie una dictadura tan sangrienta. El mismo sentimiento de los miles de exiliados que, en las tropas inglesas, rusas y francesas, dejaban sus vidas. La CNT hasta llegó a no hacerle ascos a una alianza con los monárquicos del hijo de Alfonso XIII que podía encabezar una alternativa aceptable para los vencedores. Porque si algo estaba claro entre 1945 y 1947 es que las potencias que reordenaban el mundo no creían necesario que la España de Franco dejara de ser un problema más que para los propios españoles. Incluso había quienes, como

los Estados Unidos, se han fijado en que la península Ibérica es un formidable portaviones de retaguardia para el caso de un avance incontenible del comunismo. Ya no es el fascismo el enemigo, ahora lo es el comunismo. Dentro de poco comenzará la guerra fría y en los despachos de la secretaria de Estado yanqui se puede oír aquello, aplicado a Franco, de que será un hijo de puta pero es "su" hijo de puta.

Para que todo quede claro, las tropas norteamericanas en Francia desarmaron a los españoles que se concentraban en los departamentos cercanos a la frontera y las nuevas autoridades francesas siguieron firmando de los dossier elaborados por Vichy para denegar el visado a los españoles que abandonaron el hexágono cuando la ocupación. En el anarcosindicalismo, además, las diferencias estallaron. El secretario del Comité Nacional del Interior, José Leyva, fue elegido para ocupar un puesto en el nuevo gobierno republicano en el exilio. Fue la gota que colmó el vaso y se produjo la división. Mientras, en España, contactaban con la embajada del Reino Unido para sondear su apoyo a un posible gobierno provisional de coalición. Pronto quedó claro que nadie iba a apoyar a los españoles a desembarazarse de Franco. Más aún se temía a la incertidumbre que ello acarrearía en una Europa destruida por la guerra, hambrienta y en la que el comunismo parecía tener campo favorable.

Así que la policía franquista pudo continuar su labor de destrucción de las estructuras clandestinas que una y otra vez ponía la CNT en pie. Hasta que la que se creía inagotable cantera de militantes comenzó a dar muestras de agotamiento. Cada vez eran de mayor edad y más conocidos y, por tanto, más fácil resultaba desarticular sus comités. Además el apoyo disminuía. Muchos se retiraban a casa, agotados y desilusionados. Comenzaban los años cincuenta y con ellos una serie de cambios que transformaron la sociedad española y la aparición de una nueva oposición.

El franquismo abandonó sus sueños imperiales y de autarquía una vez que llevó al país a la ruina. Para que saliera adelante no bastaban los pilares de la represión y la

corrupción. Poco a poco fue incorporándose al mundo capitalista internacional. Se restablecieron las relaciones diplomáticas y España fue admitida en los organismos internacionales. El proceso culminó con su aceptación como miembro de la ONU. Apenas tuvo que hacer concesiones de carácter político o social. Simples retoques de fachada y algunos cambios de nombre de organismos que recordaban demasiado a los que comenzaban a ser viejos tiempos. Emergían nuevos grupos económicos que liberales en la empresa no se sentían incómodos en el marco de la dictadura.

Quien menguó fue el anarcosindicalismo tras el esfuerzo de diez años de lucha en el interior. Exhausto, prácticamente desapareció como organización y la guerrilla fue desmantelada o reprimida hasta el fin. Además comenzaban a aparecer la generación que no había vivido la guerra y era más anti-franquista que antifascista y, apenas, encontraba otra vía de actuación que la de la del interior del sindicato vertical franquista. La CNT se opuso a ese camino que fue aprovechado por los comunistas para ir ocupando cada vez un mayor espacio sindical. Además, en el mundo bipolar de esos años y la machacona insistencia del régimen de definir como comunista a todo opositor, el anarquismo fue cada vez disminuyéndose y perdiendo el hilo cultural y social que le había permitido resistir épocas adversas y otras clandestinidades. Una situación que llevó a algunos comunistas, mediados los años sesenta, a querer detener la creciente influencia comunista mediante un pacto con el propio verticalismo franquista. Es lo que se conoció como el "cinco puntismo". Encontró la oposición de los anarcosindicalistas tanto del exterior como del interior. Después hubo que esperar años años.

Una época estaba acabando. También la de la dictadura aunque todavía no lo pareciera. Melchor Rodríguez y el general Franco eran de la misma quinta. El primero murió en 1972, el segundo tres años más tarde. Si con el primero terminó una época del anarcosindicalismo, con el segundo también lo hizo otra de España. Después nada volvió a ser igual. Aunque todavía haya demasiadas cosas que no hayan cambiado.

*Esta publicación en homenaje
a Melchor Rodríguez
se terminó de imprimir
el 23 de enero de 2009*

